

Difusión cultural universitaria: entre el ocaso y el porvenir

Laura Regil Vargas*
Universidad Pedagógica Nacional, México.

*Profesora investigadora de la
Universidad Pedagógica Nacional (UPN).
Correo electrónico: lregil@upn.mx

XV ANIVERSARIO

Resumen

Este artículo inicia con un breve estudio de los signos vitales de la difusión dentro de las universidades. Cada vez es más frecuente encontrar a la difusión cultural en las universidades públicas detenida frente a la disyuntiva entre el debilitamiento y el porvenir, la agonía y la reactivación. Quienes se interesen en dar pasos que permitan transformar esta encrucijada, como punto de partida, encontrarán aquí pautas para la reflexión, orientadas a la puesta en marcha de acciones que apoyen y fortalezcan esta actividad, siempre mencionada como *sustantiva*, aunque, en la práctica, ubicada por debajo de la investigación y la docencia. En suma, es una propuesta para crear el porvenir de la difusión, a partir del análisis, la crítica constante y la evaluación.

Palabras clave:

Difusión cultural
Formación de públicos culturales
Formación integral
Extensión universitaria
Educación no formal e informal

Abstract

This paper begins with a brief study of the vital signs of dissemination. It is increasingly common to find universities' efforts at cultural dissemination blocked by the divergence between debility and the future; between fading and reactivation. Anyone who might want to take steps to improve this dilemma will find some guidelines for reflection in this article, aimed at implementing actions to strengthen and reinforce cultural dissemination, which, it is usually claimed, is fundamental although in practice it is ranked below research and teaching. In summary, the proposal given here can build a future for dissemination based on analysis, continual assessment and evaluation.

Keywords:

Cultural dissemination
Comprehensive training
Formal and informal education
Building cultural audiences
University extension

Introducción

*Podemos empezar admitiendo
que nos hemos vuelto irrelevantes.
Una vez asumida nuestra irrelevancia,
quedamos libres para preguntarnos
cómo podemos volvernos importantes.*

Naomi Klein¹

Las reflexiones que presento en este artículo parten de la experiencia vivida durante trece años de trabajo académico, desarrollado en la Dirección de Difusión Cultural de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Fue ésta una labor que

me acercó a las paradojas y a los desafíos, inherentes a la difusión. Durante esos años pude relacionarme con diversas personas e instituciones dedicadas,

¹ Naomi Klein (Montreal, 1970), líder intelectual del movimiento antiglobalifóbico, ha sido columnista del *Toronto Star*, ex directora de *This Magazine*, hoy es responsable de la revista *Saturday Night*. Autora de dos textos fundamentales sobre la sociedad actual frente a las políticas neoliberales: *No logo* y *Vallas y ventanas*, ambos editados por Paidós. La idea, incluida como epígrafe, ha sido tomada del artículo: *Los irrelevantes libres*, publicado originalmente en: www.lavaca.org, reproducido por *Masiosare*, no. 296:12, suplemento de política y sociedad del periódico *La Jornada*, 24 de agosto, 2003.

interesadas y apasionadas por esta labor; integrantes del corredor metropolitano de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) y, especialmente, con públicos universitarios. Colectivos con los que tuve oportunidad de compartir dudas, saberes, estrategias, elucubraciones y desafíos.

Las palabras de Naomi Klein, seleccionadas como epígrafe para iniciar este artículo, hacen referencia al papel de los intelectuales. No obstante, su propuesta, en tono de advertencia, me resulta oportuna, conveniente, precisa e, inclusive, retadora, como aperitivo para pensar sobre la situación actual de la difusión cultural en las universidades públicas. Esta reflexión será uno de los hilos conductores de este artículo.

Para hablar de la encrucijada en que veo hoy a la difusión cultural en las universidades públicas, considero pertinente comenzar por subrayar la trascendencia de esta actividad académica desde sus fundamentos. Para ello, me referiré a un texto emblemático, en el que Ortega y Gasset² expresó su concepción de las instituciones de educación superior. Aquél, en el que proponía la creación de una *Facultad de la Cultura*, como una forma de concretar, de manera institucional, la importancia de esta función.³

Me resulta sugerente pensar que esta idea orteguiana no es distante de la concepción de su contemporáneo mexicano, José Vasconcelos.⁴ Recordemos que este último, como Rector de la Uni-

versidad Nacional Autónoma de México en los años veinte, sostenía, respecto a la extensión de la cultura, que la Universidad no puede eludir la responsabilidad de formar en valores, con conciencia y hacia el fortalecimiento e intercambio del conocimiento. Así, a más de setenta años de distancia, encuentro coincidencias entre ambos pensadores. Ortega consideraba que el papel de la Universidad era transformar al ser humano en *culto y en un buen profesional*; de hecho, sobre ambos elementos desarrolló su paradigma de la *auténtica Universidad*. Por su parte, Vasconcelos subrayó la urgencia de poner a la Universidad al servicio de las necesidades sociales, más que al servicio del saber abstracto, lo que supone la creación de la *auténtica Universidad*.

En ese contexto, en el modelo orteguiano se concibe la figura del profesor universitario como *ser dotado de un talento integrador, capaz de crear vigorosas síntesis y sistematizaciones del saber y, como un ser constructor de una totalidad*. Y, a su vez, en el modelo vasconcelista, se habla de *sabios activos que pongan su ciencia al servicio de los ideales de mejoramiento popular*.

Si en las primeras décadas del siglo xx, tales pensamientos fueron considerados fundamentales para emprender la tarea de encauzar a las instituciones universitarias; hoy, cuando una revista universitaria de análisis, como es *Reencuentro*, dedica un número sobre este tema, revela por lo menos dos

² José Ortega y Gasset (1883-1955), filósofo y ensayista español. Su influencia como difusor de nuevas ideas, divulgadas en publicaciones y en la docencia, trascendió las fronteras de su país natal. En su fecunda labor docente, introdujo nuevas corrientes de pensamiento que influyeron notablemente en la sociedad de la posguerra española y, por tanto, es considerado uno de los pilares de la modernización cultural de su país. A lo largo de su vida mostró una gran preocupación por la educación y, en especial, un marcado interés por la Universidad. Establece las relaciones y jerarquía entre cultura, enseñanza profesional e investigación, destacando la prioridad de la cultura. Ortega consideraba a la Universidad como un espacio de formación cultural, de ahí que se le vea como uno de los creadores y guardianes de la difusión cultural universitaria.

³ El documento de referencia es *Misión de la Universidad*, el texto más amplio y conocido dedicado a la Universidad; fue publicado en 1930 leído por el propio Ortega, el mismo año, en la Universidad Central de Madrid y posteriormente publicado por la *Revista de Occidente*.

⁴ José Vasconcelos Calderón (1882-1959) nació en la ciudad de Oaxaca, Oaxaca (México). Fue Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, del 9 de junio de 1920 al 12 de octubre de 1921. Durante su gestión organizó un programa editorial que comprendía la divulgación de autores clásicos. También, en su rectorado, se creó el escudo con el lema: *Por mi raza hablará el espíritu*. Fue Secretario de Educación Pública de 1921 a 1924, como tal organizó la educación popular, creó bibliotecas, impulsó las misiones y escuelas rurales y celebró la Primera Exposición del Libro en el Palacio de Minería. Fue él quien puso a disposición de los grandes pintores mexicanos y extranjeros los muros de los edificios gubernamentales, apoyando así abiertamente al movimiento muralista mexicano. En 1929 fue candidato a la Presidencia de la República. Es reconocido también como escritor prolífico; entre más de un centenar de obras publicadas, sobresalen las siguientes: *El movimiento intelectual contemporáneo de México* (1916), *El monismo estético* (1918), *Indología, una interpretación de la cultura iberoamericana* (París, 1924; 2a. ed., Barcelona, 1925), *La raza cósmica* (Barcelona, 1925), *Aspects of mexican civilization* (Chicago, 1927), *De Robinson a Odiseo, pedagogía estructural* (Madrid, 1935), *Ulises Criollo* (1936), *La Tormenta* (1936) y *El Desastre* (1938).

cosas: la vigencia de ambas concepciones y la ineludible necesidad actual de continuar el estudio y la reflexión sobre la difusión cultural universitaria.

Ahora, ideas como las de estos filósofos tienen resonancia en nuestro concepto de profesor(a) universitario, tanto como formador(a) de seres cultos y profesionales, como individuos al servicio del mejoramiento de nuestra sociedad. Y adquieren mayor profundidad, si consideramos que somos las y los profesores universitarios quienes tenemos —o deberíamos tener— las tareas de planear, realizar y evaluar la difusión de la cultura en nuestras instituciones. Tomando como punto de partida estas ideas, puedo afirmar que la cultura no es, ni debería ser, ajena a la formación integral de profesionales.

Sabemos que la función cardinal de las universidades públicas es formar cuadros en las distintas ramas del conocimiento que requiere la sociedad, para aprovechar al máximo las oportunidades de su desarrollo. Axioma en el que, la difusión cultural, resulta una variable cardinal para el desarrollo y la creación, tal como la sociedad del conocimiento nos da constantes evidencias. Por ello considero que, la renovación de la difusión cultural en las universidades públicas, no debe proyectarse desde un punto de vista muy alejado al modelo orteguiano y vasconcelista. Pues hoy, en general, las y los profesores tenemos la tarea no sólo de formar profesionales, sino de formar profesionales cultos, seres con valores y con conciencia, sensibles a su entorno y orientados hacia la actualización permanente y al intercambio del conocimiento. Nuestras institucio-

nes formarán mejores individuos en la medida en que concibamos a la difusión cultural como un proceso constante para la promoción del desarrollo integral y la actualización de las y los alumnos y las y los docentes; así como una forma de vinculación con el entorno, mediante la extensión de los servicios. Por tanto, habremos de entender la difusión cultural como actividad académica orientada hacia la formación de la sensibilidad, de la creatividad y del espíritu crítico.

La encrucijada

La difusión cultural en las universidades públicas se encuentra, en la mayoría de los casos, en una encrucijada. Está frente a la bifurcación que le plantea, por una parte, valorar su trascendencia y, por otra, asumir el oficial embate a sus menguados presupuestos. Al respecto, el escritor Carlos Montemayor declaró: *El arte en México, la amplia cultura de México, no existiría en la dimensión y pluralidad que tiene sin la labor de la difusión cultural de las universidades públicas. Sin embargo, los primeros recortes presupuestales afectan primero y directamente a las áreas de difusión cultural.*⁵

Las condiciones actuales, dentro y fuera de las universidades públicas, imponen revisiones constantes y consecuentes transformaciones; la difusión no es ajena a tal circunstancia. Soslayar esta revisión sólo nos haría caer en un ostracismo, posición inviable frente a esta sociedad vital, en transformación constante. Sobran pruebas para afirmar que, invariablemente, la indiferencia conduce a la obsolescencia. Vivimos frente a un proceso de globalización que impone un persistente estudio de la dinámica sociocultural y una permanente actualización.

Desde esta perspectiva, el contexto contemporáneo ofrece e impone nuevos paradigmas. En materia de difusión cultural universitaria, ya es tiempo de reconocer algunos arcaicos modelos endogámicos. Admitir la existencia de este tipo de modelos y trabajar en su transformación, permitirá,

⁵ Discurso pronunciado por Carlos Montemayor el 8 de diciembre de 2003 en la ciudad de Chihuahua, con motivo del homenaje que la Universidad Autónoma de Chihuahua les ofreció a él y a Víctor Hugo Rascón Banda. Nota publicada por *La Jornada*, el 11 de enero de 2004, p. 4a.



Fotografía: Carmen Toledo

por ejemplo, asumir lo local frente a lo global y viceversa; sin poner, por supuesto, en riesgo la identidad. Es decir, permitirá concebir a la difusión como una labor permanente de divulgación y como una forma de vinculación con la comunidad local, regional, nacional y mundial.

En estos tiempos de políticas neoliberales, las universidades públicas no son ajenas a la constante evaluación para la asignación de presupuestos y de estímulos. De esta forma, el ejercicio académico es valorado con base en estándares cuantitativos, donde se ponderan las actividades inherentes a la docencia y a la investigación. Hasta hace unos años, la difusión cultural era considerada una de las tres funciones sustantivas. No obstante, en la práctica y, especialmente, de cara a los modelos de evaluación y compensación, ahora se la toma como actividad de segundo o tercer orden.

Es evidente que esta condición origina diversas situaciones que debilitan las tareas de difusión. Entre otras, podemos observar que, en la mayoría de las universidades públicas, se está dando un desplazamiento del personal académico hacia la investigación y la docencia. Áreas que resultan mejor calificadas en los procesos de evaluación del desempeño. Esto se traduce en mayor reconocimiento académico y mejores montos asignados como remuneración o estímulo, indispensables frente a los bajos salarios base en la educación superior pública. En consecuencia, las tareas de planear, realizar y evaluar la difusión cultural son realizadas, en muchas universidades, por personal técnico y administrativo. Por tanto, es común encontrar equipos de trabajo sin formación en gestión cultural, formación de públicos, análisis de la trascendencia de la creación y apropiación del conocimiento y de las manifestaciones artísticas y culturales, así como con una deficiente formación en cuanto al desarrollo de la apreciación estética. De esta forma, desde las prácticas neoliberales, vemos cada vez más lejos las ideas de Vasconcelos y Ortega, respecto a las y los profesores universitarios, orientados a la formación integral de seres profesionales y cultos.

La situación hasta aquí descrita nos da, a grandes rasgos, un panorama de los signos vitales de la difusión. Si bien, no son del todo alentadores, podemos distinguir el potencial para su restauración. Considero que los signos aquí expuestos, entre otros, pueden resultar útiles para quienes se

encargan de diseñar políticas de desarrollo y fortalecimiento institucional.

Crear el porvenir

En teoría la difusión cultural es una *tarea sustantiva*. Sin embargo, en los hechos, está tomando visos de, lo que Naomi Klein llama, irrelevancia. Me interesa la frase de esta periodista canadiense, más en un sentido de provocación a la reflexión y a la acción, que como un desalentador epitafio que sepulta a la difusión. Si retomamos su idea, a manera de propuesta, lejos de reconocer a la difusión en estado terminal, podríamos convertirla en punto de partida para su fortalecimiento, en varios sentidos. Es decir, tomar el reto como móvil para evitar quedarse paralizados frente a la encrucijada. Comencemos preguntándonos, como señala Klein: ¿cómo podemos volvernos importantes? Puntualizando la pregunta, ¿cómo puede la difusión caminar hacia el porvenir; hacer de ella, en la práctica y en los hechos, una verdadera tarea sustantiva?

Considero que el porvenir de la difusión cultural comienza por evaluar el presente, y continúa con la toma de decisiones que fortalezcan su ejercicio. Para ello, es ineludible rediseñar estrategias, renovar e innovar modelos, fortalecer vínculos y aprovechar las nuevas plataformas tecnológicas. De esta forma se puede crear el porvenir con una variedad de posibilidades intelectuales, que permitan enfrentar el reto que el contexto global impone. Considero que este proceso puede iniciar teniendo como brújula los modelos orteguiano y vasconcelista, orientados a la formación de profesionales cultos y sensibles.

Para moverse de la encrucijada y caminar hacia el porvenir de la difusión, habrá que comenzar por delinear estrategias donde, en términos generales, se perfile la promoción de lo local junto con la aceptación de la diversidad y de la pluralidad; y, de manera transversal, se fomente la excelencia.

En esta aldea global vivimos tiempos de cambios continuos y es evidente que esta realidad contemporánea no escapa a las instituciones de educación superior. Frente a este panorama, en materia de difusión cultural, distingo, por lo menos, cuatro elementos fundamentales:

a) Acercar e incorporar a las y los alumnos en el diseño de políticas culturales,

- b) formar profesionales de la difusión,
- c) crear, de manera conjunta, políticas de difusión,
- d) vincular a la difusión con la docencia y la investigación.

a) Acercar e incorporar a las y los alumnos en el diseño de políticas culturales

En este sentido, propongo no sólo tomar en cuenta sino involucrar en el proceso a las y los alumnos, destinatarios principales de las acciones de difusión universitaria. Me refiero específicamente, a ese grupo heterogéneo al que, en un afán de agrupar, llamamos público,⁶ espectadores o asistentes, etcétera. O, lo que, desafortunadamente, para muchos es sólo un colectivo, entendido como *masa rellena de auditorios; indispensables como cifra, para la elaboración de informes y, las mal llamadas, evaluaciones cuantitativas del evento.*⁷

De hecho, este punto medular, aunque en apariencia ordinario, encierra una propuesta concreta: comenzar por propiciar y fortalecer el encuentro entre las y los promotores culturales y ese colectivo amorfo, llamado público. Revitalizar este vínculo redundará en la recuperación de la difusión. Involucrar a las y los destinatarios de las acciones culturales ayuda a conocer sus carencias, intereses y necesidades.

Una de las alternativas para esta acción es integrar a alumnos(as) a través de los Programas de Servicio Social. Es común encontrar personal de

⁶ El tema de *público cultural* lo trato en: Laura Regil Vargas, *De la idea a la creación. Diseño y producción de software educativo*, colección EducArte, no. 4, UPN, México, 2002.

⁷ El término *evento* aparece en cursivas para llamar la atención sobre el mal uso que regularmente se hace de él. Se que, en el argot de la difusión, es usado para referirse a cualquier actividad académica, cultural, educativa, comunitaria, etcétera. Sin embargo, según la Real Academia de la Lengua Española, *evento* es simplemente *un hecho imprevisto*. De ahí la necesidad de precisar el término, pues su mal uso implica que considera a las tareas de difusión como hechos fortuitos, actos aislados, sin preparación y, por tanto, sin planeación. Estoy segura de que esto sólo sucede por el desconocimiento del significado de la palabra y de la riqueza de nuestro idioma, para referirnos a: conferencias, simposios, coloquios, congresos, foros, encuentros, conciertos, exposiciones, presentaciones, más el vasto inventario de palabras precisas para cada actividad. La aparente economía de palabras y la irreflexión, sumada a la ley del mínimo esfuerzo, nos conduce a imprecisiones, al empobrecimiento de nuestra lengua y, por tanto, a una deficiente comunicación.

difusión que se aprovecha de la necesidad de los alumnos por cumplir este requisito institucional, para convertirlos(as) en mano de obra gratuita y subempleada. La propuesta es, partir del reconocimiento de las competencias, habilidades y destrezas, de las y los prestadores de servicio social, para involucrarlos(as) en el proceso de planeación, realización y evaluación de las actividades culturales y de extensión. Partir del reconocimiento de su formación profesional en proceso, es decir, como pasantes de una licenciatura, ayuda a prepararlos(as) para la vida laboral. Es prioritario considerar esta estrategia para la formación de cuadros profesionales, como veremos en el siguiente apartado.

b) Formar profesionales de la difusión

Se trata de diseñar programas para la actualización permanente de las y los profesores que les permita estar capacitados para atender la difusión en todas sus formas. También, como lo mencioné en el apartado anterior, otra manera de contar con personal especializado en estas tareas es la formación de cuadros a partir de la capacitación de prestadores(as) de servicio social.

La difusión cultural es tan amplia y diversa que requiere de cierta especialización. Sé, por experiencia propia, que esta tarea requiere —además de dos ingredientes fundamentales como son: convicción y pasión— de competencias, conocimientos específicos y habilidades adquiridas. Es necesaria la formación de promotores(as) culturales, con especialidad en diversas áreas como artes plásticas, artes escénicas, cine, literatura, etcétera. Estas acciones, más la incorporación de las y los alumnos, son fundamentales para atender el tercer punto.

c) Crear políticas de difusión

Se trata de diseñar políticas culturales que fortalezcan una difusión orientada a alejarse cada vez más del entretenimiento, entendido como espectáculo para la ligereza y la disgregación; y que rehuya a la multiplicación de lo simple. La opción es moverse de la encrucijada, dando pasos hacia una difusión que pacte con la formación integral y con el conocimiento de lo diverso y lo alternativo, de manera que expanda los horizontes.

En términos generales, la idea es diseñar políticas de difusión orientadas a emprender acciones

que apunten al enriquecimiento de todas las inteligencias, incluido el gusto estético; que estimule la imaginación creadora, la sensibilidad y la reflexión crítica, con la finalidad de promover la innovación y la creación de propuestas científicas, culturales y estéticas. Se trata pues de políticas culturales encaminadas hacia una participación comprometida y bidireccional.

Para ello es necesario la creación de programas de difusión que partan, por un lado, de las necesidades reales de apoyo al *currículum* y, por otra, cuenten con el respaldo de la participación de las y los investigadores. Tema que nos enlaza al último punto.

d) Vincular la difusión con la investigación y la docencia

Una verdadera articulación de la difusión cultural con la investigación y la docencia origina la creación y desarrollo de conocimientos. Además, el fortalecimiento de ese vínculo coloca a las universidades en la vanguardia de la formación integral de las y los estudiantes, en las distintas áreas del conocimiento, y para que esta condición se cumpla, es necesaria una estratégica divulgación del conocimiento científico, tecnológico, artístico y humanístico.

El entorno actual nos impone, en distintas áreas profesionales, la conjunción de los más diversos saberes y habilidades. Una opción para enfrentar tal desafío es, sin duda, la creación de equipos transdisciplinarios.⁸ La vinculación de las tres áreas sustantivas, más la incorporación de las y los estudiantes, favorece la creación de este tipo de grupos. Se trata de formar equipos de trabajo transdisciplinarios donde se pueda concebir y desarrollar una difusión desde las necesidades reales de la Universidad, que atienda de manera integral, las demandas culturales de formación informal, extracurricular y de divulgación del conocimiento, de todos los colectivos ahí representados.

⁸ Con este término me refiero a la confluencia de profesionales procedentes de diversas disciplinas. Es decir, una agrupación de personas en quienes existe encuentro de intereses y áreas de confluencia profesional. Más allá de lo multidisciplinario, para la transdisciplinariedad, es esencial la creación de un equipo de trabajo en el que sus integrantes encuentren áreas de confluencia profesional. El concepto lo desarrollo en Laura Regil Vargas, *De la idea a la creación. Diseño y producción de software educativo*, colección EducArte, no. 4, UPN, México, 2002.

El desarrollo de programas de investigación y de difusión y extensión, articulados con los programas de docencia, promueven la divulgación de la producción académica, producen nuevos conocimientos y, por consiguiente, actualiza y mejora la oferta educativa.

Sabemos que la divulgación de la producción académica, a través de encuentros y actividades de intercambio, fomenta el acercamiento entre pares y provoca un efecto de sinergia dentro y fuera de las instituciones. Aun reconociéndolo, esta actividad suele descuidarse en la planeación. Tal labor debería ser constante y consistente y, de manera estratégica, involucrar a profesionales especializados de las tres áreas sustantivas de toda universidad. Es por todo ello que sostengo que, para arribar al paradigma de excelencia, es indispensable romper la inercia de disociación de la docencia, la investigación y la difusión. Para lograrlo se requiere emprender acciones estratégicas y coordinadas desde las tres áreas que articulan la auténtica vida académica.

La atención de las necesidades sociales, desde la formación integral, sólo será posible cuando, en las universidades públicas, nos alejemos del rancio modelo donde la docencia corresponde a las aulas, la investigación a los laboratorios o bibliotecas y la difusión cultural a la sala de usos múltiples, a los auditorios o a la explanada. En el contexto actual no se puede restringir la docencia y la investigación al púlpito del saber, y concebir a la difusión cultural como un simple ornato institucional, de esparcimiento o de entretenimiento. Suficiente labor para la docencia hacen ya los medios de comunicación, como para que las universidades públicas destinen sus menguados presupuestos a repetir y promover lo que de sobra es multiplicado, reforzado y protegido, a través de una amplísima gama de medios audiovisuales.

Si en las universidades públicas la docencia, la investigación y la difusión son el trípode en que se desarrollan las acciones sustantivas, deberíamos orientarnos, cada vez con más rigor, por la formación de profesionales, partiendo de la articulación y retroalimentación de esta triple base. Las y los académicos encargados de las tareas de difusión cultural, no pueden ni deben mantener su labor en la parcela de lo cultural. Habrán de alejarse de la inercia desintegradora, donde algunos(as) maestros(as) se concentraron en la parcialidad de una

sola función: docentes por vocación o investigadores(as) por convicción, dejando la tarea de la difusión cultural al personal técnico y administrativo.

Para crear vínculos sólidos entre las tres áreas es indispensable fortalecer la creación de grupos transdisciplinarios, que participen en la planeación integral de actividades de difusión cultural. Profesionales con una participación proporcional en la docencia, la investigación y la difusión. Es el *currículum* universitario el espacio para la posibilidad de integrar a las tres áreas. Habrá de perfilarse en un horizonte en el que la difusión cultural se conciba como tarea que abona la sustancia de la Universidad, proyecta la producción interna y da acceso a las manifestaciones locales y globales. Para ello reitero, es imprescindible la auténtica articulación de las tres funciones sustantivas. Postergar en las universidades públicas tales vínculos presagia un futuro de la difusión cultural asimétrico y débil y, por tanto, nos debería alertar frente a su posible ocaso.

Durante años, hemos hablado de la formación integral, concepto que cobra mayor trascendencia frente al actual paradigma. En cuanto al tema que aquí nos ocupa, lejos de caer en tópicos, creo que para alcanzar tal integración e integridad, es fundamental nutrir a la educación formal con elementos de la educación informal. De esta manera, se favorece la educación continua, donde la difusión cultural, la actualización y la extensión de los servicios universitarios tienen un importante cometido.

Conclusiones

En la mayoría de las universidades, como en el caso específico de la UPN, el anhelo es participar de manera activa en la formación integral de las y los estudiantes, acercándolos a las más diversas expresiones culturales y artísticas, con especial énfasis en la crítica y la reflexión. Este loable objetivo no se puede alcanzar sin tomar en cuenta, por lo menos, los cuatro aspectos aquí descritos.

Para caminar hacia el porvenir, es indispensable movernos de la encrucijada, orientando las acciones hacia el fortalecimiento de la difusión y, con ello, la formación de públicos culturales. Para lo cual, en las universidades públicas debemos revertir la percepción de *lo cultural* como algo superior, almidonado, lejano, lírico, e inclusive frívolo, como muchos tienden a señalar. Esto será posible en la medida en que fomentemos la idea de *cultura* como un camino a la identidad, la reflexión, la creatividad, la transformación, la diversidad y, por qué no, la diversión.

En las universidades públicas, la difusión dejará de ser irrelevante, en los términos que plantea Klein, cuando partamos de la certeza de que constituye una forma de conocimiento, un vehículo hacia el desarrollo de la sensibilidad, tanto individual como colectiva, así como una forma de reproducción de los sistemas de representación propios y de las diferentes culturas.

Confío en que los aspectos analizados en este artículo ayuden a respondernos la pregunta: ¿cómo puede la difusión caminar hacia el porvenir, hacer de ella, en la teoría y en los hechos, una verdadera tarea sustantiva? Las acciones que se emprendan, considerando por lo menos los cuatro puntos aquí expuestos, podrán fortalecer el andamiaje imprescindible para crear esa difusión cultural y extensión universitaria que va del aula a la biblioteca y de la galería al auditorio; la que de manera informal se da en los pasillos y en la cafetería, la que franquea la librería, los salones, las oficinas; y, además, la que transita por los medios de comunicación, ya sean digitales o analógicos. Una difusión cultural dirigida hacia el porvenir como parte sustancial en la formación integral universitaria.

Finalmente, recordar unas palabras de Anatole France, quien afirmó: *Nuestro pensamiento crea el porvenir*. En este sentido, parafraseando al esteticista francés, invito a pensar, imaginar y crear el porvenir de la difusión cultural universitaria.